

Los cubanos sabemos que hay muchos cristianos en el mundo, pero es difícil mantener la ilusión de poder compartir con ellos y ser conscientes de que no estamos solos; que somos muchos siguiendo la misma fe, unidos en un lazo indisoluble trazado de antemano por Jesucristo.

Llegué a Barcelona y me establecí junto a mi familia en un pueblo de mar a 20 kilómetros de la capital catalana, una tarde de mayo de 2007. Llevaba en una mano la maleta con el equipaje y en la otra un manojo de sueños por realizar, entre los cuales resaltaban las ansias por conocer a los jóvenes católicos de esta parte del planeta.

Sin embargo, los primeros días transcurrieron sin que viera la luz alguna señal que alimentara mis ilusiones. Cuando conocí la Parroquia del pueblo, casi por casualidad, sentí dentro de la misma una extraña sensación de bienestar, a pesar de lo difícil que me resultaba encontrar en la suntuosa decoración de la misma, al Dios de los pobres y afligidos en quien hemos depositado nuestra esperanza. Ese día supe que muchas veces más regresaría antes de mi partida.

Al salir, le pregunté a una anciana, (católica a todas luces, por el crucifijo que llevaba colgado del cuello) si conocía de la existencia de algún grupo de jóvenes que acudiesen a la Iglesia. Me miró con sumo asombro y respondió luego con la negativa que yo ya esperaba.

Pese al triste impacto que su respuesta causó en mí, no permití que flaquearan mis esperanzas. El domingo siguiente en la mañana, mientras daba un paseo por la costa mediterránea, escuché muy cerca las campanadas de la Iglesia. Los toques no cesaban, parecía como si esperasen alguna reacción de mi parte, que no demoró un instante más. Debido a que aún no conocía bien las calles, tuve que acudir en ayuda de unas señoras que amablemente me indicaron el camino. Caminé a toda velocidad aquellas pocas cuadras como si supiera que de lo contrario llegaría tarde a un encuentro impostergable.

Me acercaba por uno de los costados del edificio con la intención de encontrar entre los fieles que acuden a la misa dominical aquellos que tienen menos edad, cuando llamó mi atención un muchacho que salía justo en ese momento por la puerta trasera del recinto religioso.

Yo pasé por su lado a la velocidad de un pestañazo, justo a tiempo de intercambiar ambos una rápida mirada que me obligó a detenerme y deshacer el camino andado para dirigirme a él, sonriente.

Así fue como conocí a Bruno, quien resultó ser además de diácono de la Parroquia de San Cristóbal de Premià de Mar, el catequista del grupo de jóvenes al que fui presentada unos días después. Desde entonces no he querido otra cosa que conocerlos a fondo a todos y lograr juntos la comunión necesaria entre católicos con diversas realidades y puntos de vista. Creo que conmigo los he acercado también a mis amigos de Cuba y a cambio me han ofrecido el más valioso obsequio: su estima.



Sin saberlo, la primera lección que me dieron fue la confianza en los buenos propósitos que vienen de la sinceridad y del amor. En un mundo capitalista, asentado en las propagandas del consumo, Cristina, Lourdes, David, Natalia, Visi, Santi, Yudith y por supuesto, el propio Bruno, entre otros, han sabido encontrar espacios para llevar adelante sus ideales.

Resultan muy interesantes sus debates y sus encuentros de conocimientos, que deben seguir siendo aprovechados en favor de la comprensión más profunda de la fe.

En medio de una sociedad llena de múltiples distracciones es quizás su valor más admirable sentirse parte de problemas internacionales como la mal nutrición y el desamparo en América Latina, el SIDA en África y las crisis espirituales y vocacionales que atraviesa Europa, problemáticas que me obligan a mirar con optimismo hacia un futuro que muchas veces se nos presenta inseguro e incluso hasta temible.

El Aplec de l'esperit es la gran fiesta del Espíritu Santo que se celebra en Cataluña cada cuatro años. A unos pocos días de haber conocido a estos amigos, tuve la suerte inmensa de asistir a una realización más de este multitudinario encuentro. Yo quería conocer jóvenes católicos y aquella mañana vi desfilar por la orilla del Puerto de Tarragona a cientos de ellos en una misma dirección, en lo que consideré una hermosa simbología.

De aquella intensa jornada me impresionaron, entre otras cosas, las capacidades imaginativas que pusieron de manifiesto los animadores. La acertada forma de lograr un ambiente acogedor en ausencia de tecnologías y atractivos comerciales. La misa de la *Espacio Laical* 3/2007

Somos la juventud católica del mundo

Por LAURA DOMINGO AGÜERO

tarde fue una fiesta donde todos mostramos la alegría de la juventud más duradera, aquella que encontrándose muy dentro del corazón, está siempre visible y no cree en el tiempo ni en tristezas, ni siquiera en la debilidad ante los momentos que deseamos evitar. Ya que he llegado a este punto, no podría continuar refiriéndome a los jóvenes catalanes que aspiran seguir las pautas de Jesucristo sin mencionar a los que integran la Comunidad de San Egidio en esta misma localidad.

Me tropecé con Mariona, una de sus principales líderes, en un bendito momento de desorientación en medio de la muchedumbre que convocó el Aplec. Hablamos tan rápido que apenas tuve tiempo de memorizar su nombre y darle algunos datos para mantenernos en contacto. Sin embargo, a los pocos días recibí su llamada para invitarme nuevamente a asistir a las plegarias e incluirme en todas las actividades del grupo.

De este modo me uní a nuevos amigos, que gozan de haber coincidido casi milagrosamente en misiones humanas y necesarias, en igualdad de intereses y grandeza espiritual.

Próxima a cumplir los cuarenta años desde su establecimiento en Roma, Jaume Castro, fundador de la Comunidad en Barcelona, recordaba este advenimiento, invitando a todos a unirse a través de la reflexión personal y colectiva. Sus palabras resumen de algún modo lo que he encontrado en Mariona, Yolanda, Maritxell, David, Gloria, Joan, Sergio y Elisenda, por solo mencionar a algunos:

“Intentamos pensar con los sentimientos del Señor, mirar a los pobres como Él y hacer proyectar esta mirada al mundo desde la Europa “rica” que les ha virado la espalda. Creemos que el esparcimiento de la paz puede ser una respuesta verdadera y profunda que nos obligue a salir de los problemas que nos atrapan e intentar hacer realidad el Evangelio, muchas veces considerado simplemente como “una historia bonita”, demasiado bonita para hacerla real.

El Espíritu del amor es más fuerte que todo y es el hilo conductor de la amistad. Queremos optar por la fidelidad de convicción y la unión fraterna marcada por la alegría y la simplicidad del corazón. Ser como aquella primera comunidad de seguidores de Cristo es el sentido de la Comunidad de San Egidio.”

Semanas más tarde fui al Santuario de Lourdes en la Francia más próxima a la frontera española. El sábado, víspera del domingo en que celebraba otra de las fiestas mayores de la Iglesia, el Corpus Christi, tuvo lugar una de las ya habituales procesiones marianas. Aquel sitio, perdido entre las cumbres de los Pirineos, donde es palpable la extraña mezcla del dolor y el regocijo, y la devoción nunca es exagerada, se abarrotó de tantas personas como no había visto antes en mi vida.

Todos con las antorchas elevadas al cielo, unidos por las oraciones a la Virgen en las más diversas lenguas. Era como una gran Torre de Babel sumergida en una absoluta armonía.

Se me ocurrió pensar entonces en lo fuerte que podemos ser si somos conscientes de la cantidad de cristianos que existen en el mundo, si creyésemos que muchas veces en nosotros reposa el amparo de los demás, y que para lograr lo más grande no se necesita el dinero, ni socios, ni grandes empresas.

Lourdes estaba lleno de jóvenes voluntarios. Mis propios amigos catalanes han sido varias veces parte de los que yo vi en aquel momento. Considero que tienen una gran oportunidad en ello y saben aprovecharla. Nosotros carecemos de ciertas facilidades, pero vivimos en una isla prodigiosa que necesita de la entrega de sus frutos más nuevos. He encontrado en nuestros jóvenes cubanos, miradas similares a aquellas inolvidables, llenas de dulzura y firmeza que me regaló el Santuario de Lourdes. Y de todos estos jóvenes catalanes, franceses, portugueses, suizos y hasta norteamericanos que he conocido desde mi llegada, me llevo solo mensajes de amor.

Les recordaré por la manera de extender las manos, y con ellas sus vidas, por los momentos tan emocionantes que nunca podré describir, porque los más puros sentimientos no tienen traducción. Pero los recordaré, sobre todo, por la manera en que saludan y nunca, nunca, dicen adiós.